

Estaba un señor Cuervo posado en un árbol, y tenía en el pico un queso. Atraído por el tufillo, el señor Zorro le habló en estos o parecidos términos:

-¡Buenos días, caballero Cuervo! ¡Gallardo y hermoso eres en verdad! Si el canto corresponde a la pluma, te digo que entre los huéspedes de este bosque tú eres el Ave Fénix.

El Cuervo, al oír esto, no cabía en la piel de gozo, y para hacer alarde de su magnífica voz, abrió el pico, dejando caer la presa.

La tomó el Zorro y le dijo:

-Aprende, señor mío, que el adulator vive siempre a costas del que le atiende; la lección es provechosa; bien vale un queso.

El Cuervo, enfadado, juró, aunque algo tarde, que no caería más en la trama.